

DE CÓMO EL HABLA COTIDIANA DE LOS LIMONENSES LLEGÓ A CATEGORIZARSE COMO IDIOMA CRIOLLO: RECUERDOS DE UNA LINGÜISTA EN SU TRABAJO DE CAMPO*

Anita Herzfeld

Resumen

El presente texto narra las experiencias de la autora durante su estadía en Costa Rica, no sólo en su calidad de profesora invitada —como resultado de un convenio de la Universidad de Costa Rica con la Universidad de Kansas— sino también por su contacto con las personas que son hablantes de la lengua criolla de Limón en dicha región, dado su deseo de aprender y estudiar su lengua. La admiración y el interés que sintió al acercarse a la comunidad limonense y al idioma /mekaytelyuw/, llamado así por sus hablantes, cambió el rumbo de su vida. A partir de ese contacto, decidida a escribir su tesis doctoral sobre dicho idioma, la autora comparte sus experiencias de campo en su permanencia de un año en la provincia caribeña. Así es que cuenta sucesos diarios de ese ambiente y reseña su relación con las personas oriundas del lugar, al mismo tiempo que aplica la metodología apropiada para la recolección documental de la lengua en cuestión. Todas estas vivencias culminaron en múltiples textos que describen la llamada “Lengua criolla de Costa Rica”.

Palabras clave: lenguas criollas, Provincia de Limón, metodología de investigación, experiencias de campo.

Abstract

This paper narrates the experiences of the author during her stay in Costa Rica, not only in her capacity as visiting professor —as the result of an agreement between the University of Costa Rica and the University of Kansas— but also as the consequence of her contact with the people who are speakers of the creole language of Limón in that region, given her desire to learn and study their language. The admiration and interest she felt when she approached the Limonese community and their language /mekaytelyuw/, so called by its speakers, changed the course of her life. From that contact, determined to write her doctoral dissertation on that language, the author shares her field experience on her one-year stay in that Caribbean province. Thus she relates daily events in that environment and her relationship with the native speakers, while she applies the appropriate methodology for collecting samples of the language. All these experiences culminated in multiple texts which describe the "Creole Language of Costa Rica".

Key words: creole language, Limón Province, research methodology, field experience.

Viajé a San José, Costa Rica, en el año 1968, como directora del llamado “Grupo de Kansas”—integrado por estudiantes de intercambio de la Universidad de Kansas en Costa Rica¹. La Universidad de Kansas (KU), en reconocimiento a la Universidad de Costa Rica (UCR), por ofrecerles a los estudiantes estadounidenses la oportunidad de asistir a clases como alumnos regulares, financió un profesor de su propia universidad, para que impartiera clases en la UCR y acompañara a los estudiantes en su proceso de adaptación a otra cultura². Fue así como tuve la suerte de trabajar en el Departamento de Inglés con profesores de la talla de la Dra. Virginia Zúñiga y del Dr. Jack Wilson, entre muchos otros, que resultaron amigos y colegas de primera clase.

Anita Herzfeld



Mi admiración por Costa Rica, su gente, y la calidad de profesores, administradores, y estudiantes de la UCR, me llevó a aceptar el ofrecimiento de la Universidad de Kansas de continuar con mis obligaciones como directora del grupo un segundo año, a cargo de un nuevo contingente de estudiantes de KU y dictando clases en el Departamento de Inglés en la UCR. Pero había un inconveniente: KU no contemplaba ofrecerme un salario para solventar mis gastos mientras esperaba el arribo del próximo grupo de estudiantes. He aquí que la suerte me acompañó una vez más al recibir el nombramiento de profesora visitante interina de la UCR durante el verano. Al haber dictado clases de lingüística en el período lectivo anterior, tenía antecedentes profesionales en la sede central de la UCR³. Esto me ofreció la oportunidad de impartir lecciones de inglés a un grupo de profesores de dicha lengua de escuelas secundarias que necesitaban actualizar sus conocimientos. Conocí a profesores de distintos establecimientos del país, y entre ellos, a algunos representantes de escuelas secundarias de la Provincia de Limón.

Comencé las clases interpelando a mis alumnos, los profesores limonenses, el porqué de su presencia en una clase que yo consideraba superflua para sus necesidades—ya que en un primer encuentro, su nivel de fluidez en el idioma, parecía estar muy por encima del de sus compañeros de otras provincias. Me revelaron, con un poco de picardía y con muy buen humor, que su “inglés era diferente”, y que de veras necesitaban la clase para “mejorarlo”. Fue entonces que las explicaciones teóricas que había recibido en cursos de lingüística en KU sobre las lenguas criollas del Caribe—y que me habían parecido un tanto esotéricas en su momento—cobraron vida y se transformaron prácticamente en el *leitmotiv* de mi futura existencia y de mis investigaciones.

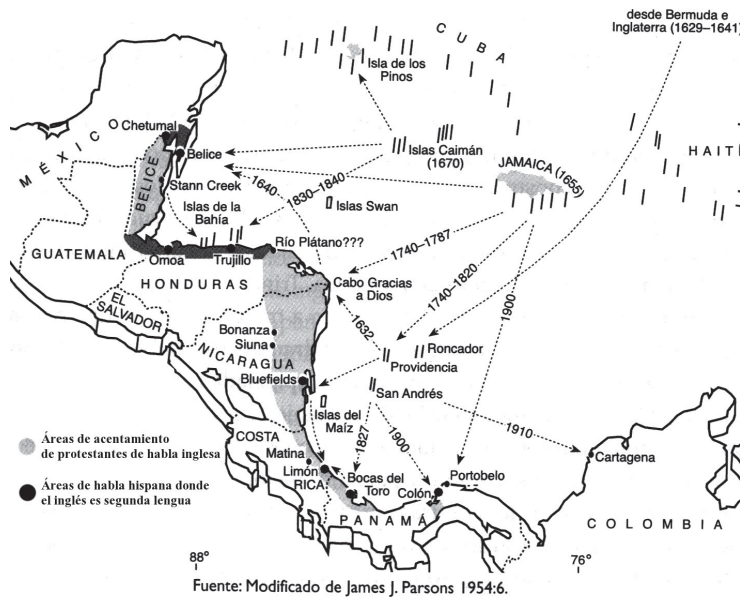
De allí que yo me impusiera la obligación de visitar Limón para desentrañar la historia del llamado “inglés de Limón”—del /mekə(y)telyuw/ como lo llaman sus hablantes. Cuando en ese entonces les anuncié a mis amistades ticas, josefinas, que iría a pasar un fin de semana a Limón, parecían espantarse ante semejante idea. “La gente como vos, no va a Limón”, era lo que estaban pensando, aunque no lo articularon de esa manera, sino diciéndome: “Vas a tener que tener mucho cuidado” ¡cómo si fuera a visitar una “tierra incógnita” poblada por seres ultra-terrestres! En verdad, muy poca gente de la capital del país visitaba Limón en esa época, a menos que tuvieran parientes allí o que se dedicaran a negocios relacionados con JAPDEVA, por ejemplo, o con las plantaciones bananeras⁴.

Después de esa rápida visita inicial y de dirigir el programa de Kansas por dos años más, regresé a la Universidad de Kansas donde luego de estudiar y trabajar arduamente a tiempo completo, eventualmente presenté y pasé mis exámenes doctorales. Me quedaba aún por completar mi proyecto de tesis que estaría dedicado a los limonenses ya que, desde el primer momento en que conocí a sus hablantes estuve lingüísticamente enamorada del “inglés de Limón”. Me pareció un tema fascinante por lo que no dudé en dedicar todos mis esfuerzos a su estudio.

Para elaborar ese proyecto me basé en las investigaciones sobre los criollos del Caribe, y entre ellos, me concentré en las descripciones del criollo jamaiquino después de estudiar la historia de la región pues resultaba evidente que la población mayoritaria de la Provincia de Limón y su capital, la ciudad de Limón, en esos años provenía de la isla de Jamaica⁵. En realidad, se considera que fueron dos las corrientes “afro-migratorias” que arribaron a Limón. El primer período socio-histórico (1570-1870), señalado por Michael Olien (1965?), estaba integrado por esclavos africanos cuya afiliación es todavía un misterio, ya que pertenecían a grupos lingüísticos diferentes que los documentos coloniales no registraron. Ninguna de esas lenguas parece haberse usado como lengua franca (i.e. común). El historiador Carlos Meléndez (1972:18-20), por su parte, mantiene que los dos grupos de africanos que llegaron a Costa Rica vinieron del Congo y Angola (es decir que pertenecían al grupo Bantú). Lo más probable es que ese contingente se mezclara con la población nativa y que sus lenguas desaparecieran como consecuencia.

Durante el segundo período que Olien reconoce como afro-caribeño (1870-1948) la inmigración provino fundamentalmente de Jamaica (aunque también había algunos representantes de otras islas caribeñas, tales como Barbados y Trinidad). Éste es el período que registra el control *de-facto* ejercido por la United Fruit Company—la compañía bananera por excelencia que se estableció en las tierras bajas del Atlántico y empleó a los hablantes del criollo jamaicano (amantes y cultivadores del banano) en sus operaciones comerciales⁶. No parecen haber existido vínculos étnicos entre los grupos de los dos períodos mencionados. Sin embargo, el idioma inglés, que actuó como lengua oficial y *modus operandi* para las transacciones de la Compañía realizadas por el personal estadounidense, de cierta manera afianzó el criollo jamaicano. Éste se consolidó en un solo grupo lingüístico entre los trabajadores, y dio lugar a un continuo de variación, como se verá más adelante, en el que los hablantes tenían la habilidad de expresarse en la forma más cercana al inglés estándar, y en el criollo más “cerrado”, próximo a la norma menos estándar.

Mapa de los criollos de Centroamérica



A finales del segundo período y a comienzos del tercero ocurrió exactamente lo contrario de lo mencionado anteriormente (entre el primer y segundo períodos): la aculturación y la asimilación fueron mecanismos importantes en la determinación del tercer período, que Olien llama el de los “afro-costarricenses”. Cuando la Compañía abandonó sus operaciones en la región en 1942, el inglés dejó de ser funcional para la

comunicación⁷. El nuevo elemento dominante era costarricense y hablaba español. El vacío comercial que dejó la United Fruit Company se llenó con grandes contingentes de hispanos del Valle Central. Así es que a mediados de la década de los años cuarenta, los padres afro-caribeños empezaron a ver la necesidad de que sus niños aprendieran el español y aceptaron que asistieran a la escuela hispana, que era obligatoria en Costa Rica.

Con el fin de establecerme en la capital de la Provincia de Limón por un año para llevar a cabo mis investigaciones, solicité una beca Fulbright. Me otorgaron la prestigiosa beca ya que el tema coincidió con el auge mundial de estudios sobre los idiomas criollos, es decir, idiomas que resultan del contacto de lenguas como se verá más adelante. Después de hacer los trámites necesarios para obtener alojamiento en Limón⁸ llegué allá con la ingenuidad de los estudiantes graduados que se imaginan que un estudio tal como yo me lo proponía, sería “interesantísimo y divertido”, y con grandes expectativas de “conquistar” la ciudad y hacerla mía. No estaba realmente preparada para afrontar las grandes preocupaciones que me traería el no entender el idioma en absoluto y el no tener una clara idea de por dónde empezar la difícil tarea de recoger el material necesario para mi trabajo de campo.

Armada de una grabadora Uher 400 Report L, inmensa y pesada (como eran en esa época)⁹ me presenté en la oficina de uno de mis exalumnos, el profesor Lloyd Watson (en ese entonces director del Centro Limonense Norteamericano), para pedirle su colaboración en mi empresa de describir el /meká(y)telyuw/. Su sugerencia fue un verdadero salvavidas porque yo conocía poca gente que podía ayudarme en toda la ciudad de Limón—mis tres o cuatro exalumnos de años pasados estaban todos muy ocupados trabajando. Me ofreció que visitara su clase de inglés en la escuela secundaria local donde se desempeñaba como profesor, y que aprovechara la presencia de sus jóvenes estudiantes para entusiasmarlos con la tarea de enseñarme su idioma, debido a que la mayoría de sus alumnos eran trilingües—hablaban español, el criollo limonense, y estaban aprendiendo inglés estándar. Ellos me servirían, según él, para establecer un puente con la comunidad a través del idioma. Efectivamente, en muchas reuniones informales con mis nuevos jóvenes “tutores”, aprendí muchas expresiones en el criollo limonense y lo que es aún más valioso, me hice de unos cuantos nuevos amigos que resultaron fieles colaboradores a lo largo de muchos años.

Todos me sugirieron que asistiera a cuantas reuniones de hablantes pudiera, para que mi oído se acostumbrara al /meká(y)telyuw/. Por una de esas cosas del destino, en una de las muchas ceremonias, entierros, fiestas de cumpleaños, y celebraciones de todo tipo a las que asistí, conocí a un joven graduado recientemente de la escuela secundaria, el Sr. Owen Hammond. Era un joven inteligente y muy simpático, se interesó por mi proyecto y se ofreció a colaborar conmigo en el proceso inicial de mi estudio—el de llevar a cabo entrevistas para grabar el idioma. Según las indicaciones de proyectos de investigación similares, yo debía entrevistar a un número estadísticamente

aprobado de hablantes para que tuviera validez mi trabajo de campo. Contar con la ayuda de Owen significaría una verdadera bonanza en la difícil empresa que tenía por delante, en un lugar prácticamente desconocido.

Antes de viajar a Limón para establecerme allí, me había comunicado con la Oficina de Estadísticas y Censos de Costa Rica en San José. Afortunadamente, un graduado de la Universidad de Kansas, Fernando Zumbado entonces Ministro de Planificación, me presentó al estadístico Carlos Raabe Cercone; éste me proporcionó un mapa detallado de la ciudad de Limón, resultado de los datos obtenidos en el último censo allí levantado (1973). Además se ofreció desinteresadamente a elaborar un proyecto estadístico que me permitiría obtener una muestra valedera de los consultores¹⁰ teniendo en cuenta diversas variables, tales como su lugar de origen y su lugar de crecimiento, la ubicación de su vivienda, su ocupación, sus estudios, su edad y sexo. Por otra parte, mi gran amiga/hermana y excelente antropóloga de la UCR, la Dra. María Eugenia Bózzoli, me proporcionó la información antropológica necesaria para ubicar a los consultores en un cuadrante según los criterios mencionados anteriormente. Sin duda, el apoyo y valioso consejo de los estadísticos y demógrafos de MIDEPLAN, especialmente la colaboración de Carlos Raabe así como las observaciones de la Dra. Bózzoli, fueron esenciales en el éxito de mi misión. Sin sus valiosos aportes, jamás habría podido tener tan ventajosos resultados en la tarea que me había propuesto.

Río Tortuguero, Limón



Owen y yo emprendimos las visitas a la ciudad siguiendo las directivas formuladas por mis consejeros técnicos. Después de infructuosos esfuerzos por comunicarme con los habitantes en la primera vuelta por la ciudad, nos dimos cuenta que en esas visitas

yo debía depender casi enteramente de la colaboración de Owen, a quien había entrenado informalmente como trabajador de campo¹¹. Caminábamos diariamente por toda la ciudad, siguiendo el orden sistemático establecido por los estudios estadísticos en todos los segmentos marcados en el mapa de Limón. Teníamos que tocar en cada cuarta puerta de casa para obtener una muestra al azar. Cuando alguien respondía, Owen le explicaba a esa persona (hablando en el criollo limonense) que el propósito de nuestra visita era grabar su respuesta a unas preguntas en el inglés de Limón, para que la profesora americana que lo acompañaba aprendiera el idioma. Aproximadamente el 1% de las 500 personas a cuyos hogares acudimos rehusó ser entrevistado¹².

Las primeras entrevistas resultaron un verdadero fracaso, por falta de experiencia. Yo hablaba en inglés estándar y los consultores me respondían, muy amablemente, en la misma forma. Casi de inmediato, Owen y yo nos dimos cuenta que yo no debía participar en la toma de datos. Como no sabía aún hablar el inglés de Limón, influenciaba las respuestas de los entrevistados, quienes me respondían también en inglés estándar. Así aprendí que la mayoría de los hablantes del /mekə(y)telyuw/ se podían expresar tanto en uno como en el otro idioma, ya que el hablante del criollo limonense puede “moverse” dentro del continuo hipotético entre dos extremos—el criollo limonense por un lado, y el inglés estándar por el otro, además de poder usar una variedad intermedia.

Los términos técnicos aplicables a ese continuo hipotético son los siguientes: el “basilecto” que corresponde a la forma más “cerrada” del criollo limonense; el “mesolecto,” que es una forma intermedia con rasgos gramaticales del basilecto y otros propios del “acrolecto,” que es la siguiente versión del continuo, la más cercana al inglés estándar. Para dar un ejemplo, el hablante que se quiere expresar en el basilecto probablemente diría /miy a go/, para decir “I went” en inglés estándar, cuya traducción es “yo fui”; el hablante que quiere usar el mesolecto diría /a di go/ y finalmente el que quiere hacerlo más cercano al acrolecto (que es el que está más cerca del inglés estándar) diría /a wen/¹³. Como consecuencia, de allí en adelante, me abstuve de hablar durante la entrevista hasta tanto no pudiera expresarme en el criollo limonense, lo que ocurrió unos dos o tres meses más tarde, así es que, mientras tanto, el peso de las entrevistas recayó totalmente en Owen.

Yo había elaborado un cuestionario para obtener ejemplos de todas las formas gramaticales posibles, por ejemplo, ilustraciones de distintos tiempos de verbo, la sintaxis de la frase verbal y de la frase nominal, y además, para consignar rasgos sociolingüísticos de interés. El cuestionario consistía de preguntas muy generales para obtener ejemplos de porciones del lenguaje en diferentes estilos, tales como narrativos o descriptivos, usando diversas formas de tiempo y aspecto verbales. Por ejemplo, la pregunta inicial tenía dos propósitos: el de atenuar la tensión que la situación de entrevista pudiera causarle al consultor y, al mismo tiempo, obtener una enumeración

fácil de actividades del pasado. Siempre hablando en el criollo limonense, Owen preguntaba, por ejemplo “¿Qué juegos acostumbra a jugar cuando era pequeño?” (/wat gyem yuw yuwstu plye wen yuw smaal?/). Otra pregunta era /tel mi somtin bowt de gyem/, “Dígame algo sobre el juego” Esta pregunta le daba al entrevistado la oportunidad de usar el estilo descriptivo en el tiempo pasado. Luego se introducía el tiempo presente con el mismo tema, cuando se indagaba del entrevistado /yuw plye somtin now/nowadyez?/, “¿Ud. juega algo hoy en día?”. Luego se volvía a las reminiscencias del entrevistado cuando se le preguntaba, /yuw av a tiycha yuw riyli layk? Or yeyt?/ “¿Tuvo algún maestro que realmente le gustó? ¿o que odiaba?” Con ese tema se obtenía una narración cuyas anécdotas a veces coloreaban la conversación. Por otra parte, la siguiente pregunta /yuw layk tu luk on televijen?/ “¿Le gusta ver tele?” hacía que las telenovelas cobraran vida en la narración. Temas de interés general que sacan a relucir esperanzas y fantasías se obtenían cuando el trabajador de campo preguntaba, /if yuw win chans big/ wa yuw wuda duw wid de ryez?/ “¿Si llegara a ganar la lotería, que haría con el dinero?” y el entrevistado tenía que usar el modo subjuntivo en la respuesta. Se esperaba el uso del condicional en la respuesta a la pregunta /wat yuw wuwda chyenj if yuw de governa?/ “¿Que cambiaría (en Limón) si fuera el gobernador?” La pregunta un tanto dramática, “¿Ha estado alguna vez cerca de la muerte?” obtuvo una variedad de reacciones dependiendo de la edad del informante, y, como se mencionó más arriba, esta pregunta resultó particularmente interesante cuando se la formuló a los pescadores.

Cuando comenzamos la primera serie de entrevistas, el cuestionario era mucho más largo. Posteriormente, a la luz de la experiencia adquirida, se fue puliendo y adaptando a las circunstancias para lograr una conversación ágil y fácil que incluía variables de los aspectos básicos. En efecto, el cuestionario fue muy útil para obtener muestras representativas de la lengua de todos los segmentos previamente acordados y de todos los estratos sociales de Limón.

A medida que pasó el tiempo, Owen se transformó en experto en entrevistar a los consultores en base a ese cuestionario, pero adaptando las preguntas, que ya sabía de memoria, a los intereses de los hablantes. Así es que con las amas de casa, hablaba de recetas de cocina; con los hombres de mediana edad, conversaba sobre política local; con la gente joven hablaba sobre sus estudios; a los pescadores les preguntaba si alguna vez habían estado en peligro de perder su vida en alta mar. Para lograr más información a veces les decía “/bot tel miy somtin.../” (“But tell me something...”, “Pero, dígame una cosa...”), porque el propósito de las preguntas era lograr grabar la mayor cantidad de ejemplos del habla, sobre cualquier tema que fuera. Sonreía con frecuencia y hacía gala de muy buen humor, disfrutando de las conversaciones con quienquiera que fuera su interlocutor. Es obvio, pues, que su ayuda fue inestimable. Y como Owen resultó ser no sólo indispensable sino también un compañero sumamente

agradable y comprensivo, nos hicimos muy buenos amigos, y lo maravilloso es que lo seguimos siendo hoy día¹⁴.

En realidad, también recogí información sobre el criollo limonense y su uso en otras ocasiones, no sólo por medio de las entrevistas formales, sino también durante charlas y discursos públicos, conversaciones de grupos de amigos cuentos y leyendas en espectáculos, sermones en las iglesias, canciones en representaciones en las escuelas. Ciertos temas y algunas situaciones sociales en particular requieren el uso del criollo limonense. Entre ellas figuran ciertas formas de esparcimiento popular. Asistí a varias representaciones organizadas por las asociaciones de caridad afro-limonenses femeninas. Durante esos espectáculos, desaparecen totalmente las inhibiciones creadas por la inseguridad de la lengua y se disfrutan con plenitud las historias caribeñas, las canciones antillanas, las bromas y adivinanzas populares como las que cuenta Luisa Bennett en Jamaica, celebradas igualmente en Limón. Asistí a fiestas de cumpleaños, a reuniones nocturnas, a celebraciones navideñas, a bailes, a fiestas escolares, a reuniones del novenario /nayn nayt/, a reuniones y manifestaciones políticas, y a otros eventos públicos. Además tomé notas sobre las características culturales que me parecían significativas y anoté cuidadosamente todas las preguntas que necesitaba plantear en el futuro a algún informante amigo, así como los “descubrimientos” lingüísticos que realizaba a diario. Finalmente, con el objeto de recoger muestras informales del criollo experimenté con una pequeña grabadora Panasonic que le presté a un amigo que se ofreció a grabar a visitantes mientras conversaban en su casa. Aunque por un lado estas grabaciones resultaron de interés, su calidad dejó mucho que desear debido a la falta de control del volumen, la distancia y el número de hablantes que conversaban todos al mismo tiempo.

Por otra parte, aunque mi grabadora Uher era excelente, no se puede nunca subestimar las dificultades que se presentan cuando se realizan grabaciones al aire libre, muchas veces en condiciones precarias. En muchas oportunidades hubo que sentarse en el pórtico de la casa porque era el lugar más fresco, y eso significaba que había que grabar rodeados de vecinos que escuchaban la radio y la televisión a todo volumen. De manera que, aunque contando con una grabadora de alta calidad, era difícil eliminar interferencias, tales como el cloquear de las gallinas, los gritos de los niños jugando, el reventar de las olas contra las rocas en la playa, y el ruido de la lluvia tropical sobre un techo de zinc galvanizado.

Pero, ninguno de esos inconvenientes obstaculizó la oportunidad en que el profesor Franklin Perry—entrañable amigo y sofisticado hablante del criollo—y yo grabamos la conversación sobre sus conocimientos de este idioma. De repente, en medio de la grabación se aparece una voz desconocida que se inmiscuye en la tal grabación. Estábamos en la casa solos y creíamos que no había nadie más en ella. Empezamos a revisar todos los cuartos temerosos de estar en presencia de algún intruso.

Cuando finalmente no encontramos a nadie nos dimos cuenta que la voz se había grabado por la interferencia de una estación de radio cercana, cuyas torres transmitían en la misma frecuencia que nuestra grabación. Sumamente aliviados y ya sin preocupación, continuamos tranquilamente nuestro trabajo, después de reírnos un buen rato del susto que habíamos pasado.

Al finalizar la grabación nos dirigimos al puerto en el que debíamos embarcarnos para regresar a la capital de la provincia. Fue tal la cantidad de agua que había caído por las precipitaciones que, para cruzar la calle, tuvimos que transportar todo nuestro equipaje sobre la cabeza. Con los pantalones arremangados, chapuceando en las calles y veredas anegadas donde nos llegaba el agua acumulada hasta las rodillas, y muy preocupados por la suerte que corríamos tanto nosotros como la grabadora, llegamos a destino totalmente empapados—¡pero muy divertidos!

No fue esa la única vez que tuvimos una cobarde y forzosa retirada en nuestra empresa de grabar a los hablantes del criollo. En una ocasión en que Owen y yo tocamos la puerta de una casa que parecía estar habitada por una sola persona, resultó que una anciana un tanto entrada en años nos abrió la puerta y nos invitó a pasar. Cuando nos acercamos para saludarla ella nos dijo que era un tanto peligroso que nos mantuviéramos en su presencia. Le preguntamos por qué y ella nos respondió que “su hijo también estaba allí.” No le dimos demasiada importancia a su comentario, pensando que, en el peor de los casos, sólo la grabaríamos a ella. La anciana volvió a insistir en que había un peligro grande a su alrededor. Cuando finalmente le preguntamos de qué se trataba su preocupación, nos dijo que un hijo suyo la acompañaba, y que había sido puesto en libertad recientemente, después de cometer un crimen. Yo lo miré a Owen como preguntándole qué debíamos hacer en esas circunstancias, pero era tal el susto que él tenía que sólo atinó a recoger la grabadora, saludar a la señora lo más gentilmente posible considerando las circunstancias, y alcanzó a decirme en inglés estándar “Let us get the hell out of here!”.

A pesar de esos pequeños inconvenientes, una vez obtenidas más de 400 valiosas grabaciones de diferentes hablantes, había que transcribirlas a algún sistema fonético y luego fonémico para que yo pudiera estudiar los textos de los parlamentos de los hablantes. De nuevo acudí a la ayuda de los estudiantes amigos que había conocido en la escuela secundaria al principio de mi gestión en Limón. Fue Albertina Kennedy, de quien tengo aun los mejores recuerdos, entre algunos otros jóvenes, a quien entrené para que me ayudara en la difícil tarea de transcribir esos textos. Inteligente, trabajadora, muy cooperadora y buena amiga, Albertina fue una de mis fieles compañeras en todos los momentos difíciles (que fueron muchos) en que la descripción del criollo presentaba apuros. Me correspondía la tarea de revisar esos textos y tratar de encontrar en ellos los elementos significativos del idioma, que me permitirían más tarde escribir la gramática del /mekə(y)telyuw/. El objeto de mi estudio no era solamente el cumplir

con los requisitos de mi tesis doctoral sino el de demostrarles a sus hablantes que lo que hablan no es “un mal inglés” o, como dicen ellos, un “broken English” (“un inglés deficiente”), sino un idioma diferente al inglés estándar que yo llamé “criollo limonense,” que, por lo tanto tiene su propia gramática, su propia pronunciación y su propio léxico.

Para llegar a esa conclusión pasé muchas horas de estudio, leyendo textos que me ayudaron a establecer que el criollo limonense se originó, como muchos otros criollos, como resultado del contacto entre el idioma africano de los ancestros de los afro-limonenses¹⁵, con el inglés de los dueños de las plantaciones, en un principio de Jamaica, desde donde emigraron los habitantes de la Provincia de Limón. Así es que, a partir de la década del año 1870, varias generaciones de jamaquinos se trasladaron a la costa este del Mar Caribe de Costa Rica para superar problemas económicos en Jamaica, y para comenzar una nueva vida en la Provincia de Limón¹⁶. Como resultado, y con el pasar del tiempo, ese criollo jamaquino adquirió nuevas características. Resultó una lengua diferente del criollo jamaquino, transformándose en el criollo limonense que es lo que hablan, hoy en día, sus descendientes afro-limonenses, es decir, la población oriunda de Limón. A esta versión, se le agregó mucho más tarde, en la década del 1980, un nuevo elemento, la presencia del español que, en contacto con el criollo, dio lugar a un continuo. Este va desde el criollo limonense al inglés limonense estándar y cuenta con abundantes préstamos del español¹⁷.

Para completar este trabajo recurrí de nuevo al profesor que me había ofrecido la ayuda de sus estudiantes. Como director del Centro Limonense Norteamericano tenía a su cargo una pequeña biblioteca poniéndola a mi disposición para mi propósito, especialmente cuando no había nadie en el recinto. Tenía una mesa grande donde instalé mi máquina de escribir portátil (¡no había computadoras ni tablets en esa época!) y todos los días iba a la nohcecita a estudiar los textos obtenidos para desentrañar la sintaxis del idioma. Un día me llevé una gran sorpresa cuando, mirando hacia un rincón del cuarto, vi una araña pollito, (i.e. una tarántula) más grande que una mano, encaramada a la pared a mi costado. Desde el momento en que la vi no podía dejar de seguirla con mi vista con un miedo enorme de que bajara y me “visitara”. Las arañas de cualquier especie me aterran de modo que con gran inseguridad seguí trabajando allí, aunque se me ocurrió, lo que yo consideré en ese momento una idea brillante para sacarme de encima semejante indeseado y peligroso visitante. Llamé por teléfono a mi amiga, la Dra. Bozzoli que vive en San José, y cuyo esposo era un famoso biólogo para pedirle que vinieran a visitarme ya que a su esposo le podría interesar mi huésped inesperado. Entre mí pensaba que, cuando viniera, le pediría al Dr. Wille que por favor terminara con la vida de semejante intruso que me hacía la vida imposible. Mis expectativas tenían visos de realizarse cuando mis amigos decidieron venir a visitarme y pasar un fin de semana conmigo en Limón. Cuando por fin llegaron, después de

charlar con ellos un buen rato y contarles mis experiencias, los llevé a María Eugenia y a Alvaro al improvisado escritorio mío y, como yo lo anticipara, allí estaba tranquilamente ubicada en su rincón, mi “non-grata” visitante. Ni lerdia ni perezosa, le traje a Alvaro una escoba y le pedí que pusiera fin a mi gran preocupación que hacía mi vida imposible. El procedió a llevar la escoba muy próxima a la enorme araña negra, y consiguió que se trepara a ella. No entendía el procedimiento que mi amigo tenía para aniquilarla, pero pronto comprendí que, de ninguna manera, era lo que yo creía iba a ocurrir. ¿Cómo se me podría haber pasado por la mente pedirle a un biólogo—que ama todas las especies de seres vivientes—que destruyera a mi “enemigo”? ¡Qué manera de prejuizar equivocadamente la fuerza afectiva de un científico, que sólo es capaz de interesarse ávidamente por las costumbres de todos los insectos, y no pensar jamás en eliminarlos!

El fin de esta nueva experiencia fue que el Dr. Wille consiguió hacer trepar la araña sobre la escoba y luego de bajarla despaciosamente, colocando la araña muy cerca mío, para mi gran estremecimiento, procedió a darme la más difícil—y, para mí, horrenda—lección de biología. Me explicó que la araña no tenía pensado hacerme ningún daño mientras yo no la molestara, y que por lo tanto él no tenía ninguna intención de eliminarla, sino que, por el contrario, la pondría en libertad, quizás fuera del cuarto, en su verdadero hábitat—la naturaleza que rodeaba al edificio. Así lo hizo, y yo avergonzada, pero muy contenta por no sentirme amenazada en todo momento, los invité a que celebráramos juntos el final feliz de una aventura más en mi vida limonense.

Mientras que yo disfrutaba enormemente de la cordialidad y afabilidad de los limonenses que fui conociendo en el camino durante mi estadía en la ciudad de Limón, siempre fue un problema el acostumbrarme a los muchos insectos tropicales que convivían en ese medio ambiente, en especial, las cucarachas. Siendo hija de alemanes, para quienes “la limpieza es sagrada”, yo no había visto nunca una cucaracha, antes de establecerme en Limón. Fue muy desagradable para mí el descubrir que no una, sino cientos de cucarachas, habían decidido establecerse a mi alrededor en el cuarto en que vivía. Comenzó allí una desesperada lucha por mi sobrevivencia —era “ellas o yo,” porque ¡ambas especies no podíamos compartir el mismo territorio! Claro que hay que tener en cuenta que estos insectos han vivido en el planeta Tierra muchos más años que el ser humano, así es que temía perder esta batalla ya que no habría de ser para nada una guerra de iguales. ¡Ignoraba sus hábitos y ellas no sabían de mi profundo desprecio! Por ejemplo, no tenía en claro que la especie de cucarachas que me rodeaban tenía la capacidad de volar. Como los cuartos en el Caribe generalmente tienen paredes con aperturas en la parte superior, que permiten circular aire fresco en noches bochornosas, mis múltiples e inesperadas visitantes volaban de todas partes en mi dirección, transformándose en otros tantos proyectiles que usaban mi indefensa piel como pista de aterrizaje. Decidí emprender una guerra sin cuartel

contra mis enemigas. Compré dos frascos de Bygone, que me fuera recomendado como veneno muy efectivo para desentenderme de los batallones de mis acérrimos opositores. Dormía con sendos envases en mis manos así podía atacarlos ni bien los vislumbraba cerca. Para acortar mi historia, sólo necesito advertir que los gases del veneno que respiré me produjeron espasmos que me obligaron a rendirme y firmar un armisticio con mis enemigos.

Tal fue mi desesperación en esa lucha que en algún momento pensé en abandonar, no sólo mi frustrada campaña de aniquilación de las cucarachas, sino también mi tesis, y en escaparme a la “civilización,” dejando atrás tan degradante circunstancia. La pasajera presencia del Dr. Charles Stansifer, gran amigo y colega de la Universidad de Kansas, que acababa de pasar con sus alumnos de KU por el puerto de Limón, me permitió relatarle mis últimas aventuras y mis dificultades en adaptarme al trópico. Tan pronto como se enteró de mis “problemas”, me arengó en calidad de preceptor y me sugirió que dedicara mis esfuerzos a batallas más dignas. Me hizo ver la insignificancia de mis preocupaciones frente a la magnitud de lo que perdería si abandonaba mi empresa, no sólo por las consecuencias prácticas, sino porque estaría perdiendo el sueño de mis anhelos y mis verdaderos intereses académicos. Sin duda, sus sabios consejos me sirvieron para poner distancia entre mis exagerados disgustos y mi verdadero bienestar emocional e intelectual. Opté por quedarme y poco a poco—no diré que jamás me acostumbré a vivir con cucarachas, pero... comencé a respetar su longevidad y ¡a no preocuparme por su vida, sino en concentrarme en la mía!

Ese cambio de actitud me permitió relacionarme profundamente con los hablantes del idioma y, después de estudiar durante un par de años el material recogido en el trabajo de campo, logré eventualmente ubicar al criollo limonense en el mapa lingüístico mundial. La publicación de más de 50 artículos basados en la investigación que comenzó con el trabajo de campo descrito y que culminó en mi tesis doctoral, y en el libro que describe su gramática y sus características sociolingüísticas, categorizó al /mekə(y)telyuw/ como verdadero criollo¹⁸.

Gracias también al trabajo de campo, llegué a corroborar un principio social que siempre he sostenido—que la gente más sencilla y de escasos medios son más accesibles y más generosos con lo poco que poseen que los más pudientes. Siempre conservo el recuerdo enternecedor de aquellos hogares humildes donde se aplicaba el lema que dice “donde comen tres, pueden comer cuatro”—la prueba está en que no importaba cuán sencilla era su vida, siempre tenían un plato de arroz, una taza de café, o una fruta tropical para compartir con nosotros. Lo cierto es que, a pesar de lo mucho que los afro-limonenses han sufrido por haber sido discriminados por el resto de la población costarricense, han conservado una alegría interior que se evidencia en su amor por la música y el baile, y en la simpatía natural que emana de su personalidad que los hace aparecer como que siempre están disfrutando de su vida. Hay mucho de

cierto en el lema que aparece en carteles a la entrada del puerto de Limón “¡Lo mejor de Limón es su gente!”

Más de medio siglo ha pasado ya desde el día en que yo escuché las primeras palabras del idioma que cambiaría mi vida. Sin embargo, mi afecto por la población de Limón y el entusiasmo por el estudio de su lengua no han cambiado o si acaso se acrecientan cada vez que oigo la voz de cualquiera de mis amigos limonenses con los que aún mantengo una relación emocional importante, a pesar del implacable tiempo transcurrido y de la gran distancia física que me separa de ellos. No cabe la menor duda que el año que pasé en Limón y las múltiples visitas que tuvieron lugar posteriormente, no han hecho más que reforzar el gran vínculo de afecto que aún me une a los inigualables y únicos Franklin Perry, Owen Hammond, Albertina Kennedy, Frank Heron, Thelma Curling, Francisco Pierre, Lloyd Watson, y tantos otros (tantos, que nombrar a las 500 personas que colaboraron con nosotros sería imposible). Mi más ferviente deseo es que la juventud, en quien reside el poder de conservar el criollo y la cultura que en él se atesora, hagan todo lo posible por mantener su existencia que es parte importante de su inalienable identidad.

Queda aún mucho por hacer para que el idioma que yo tanto aprecio y que sus hablantes deberían estar orgullosos de poseer, pueda asegurar su existencia en el futuro. Mencioné ya la necesidad de que los hablantes mismos deben continuar disfrutando de las “chispas” que emergen de su conversación con sus pares cuando hablan el /mekə(y)telyuw/. Sería ideal que se enseñara su gramática en las escuelas para que todos se den cuenta que el idioma es realmente digno de su interés y de su uso. Es importante que los niños lo conserven y lo practiquen para que no pierdan su sentido de pertenecer a un grupo especial de identidad propia. El apoyo institucional así como el de la comunidad, son esenciales para su conservación. Por otra parte si los autores limonenses de géneros literarios como la poesía y la novela llegaran a producir más y más textos en el criollo que estén al alcance de todos los habitantes del país, habría más oportunidad de popularizar el valor del idioma desde un punto de vista intelectual y afectivo. Y no cabe la menor duda que si se pudieran formar lingüistas entre los mismos hablantes, ellos podrían seguir investigando las muchas intrincadas realidades del idioma, tanto desde el punto de vista estrictamente lingüístico como en el aspecto cultural que lo condice.

Uno de los objetivos de este artículo ha sido el presentar los altibajos del trabajo de campo, en lo que respecta a los hablantes del idioma y a los lingüistas investigadores del mismo. El análisis del criollo como continuo hipotético que va desde el criollo propiamente dicho al inglés limonense estándar revela un comportamiento lingüístico sumamente variable. Las frecuencias del empleo de ciertas formas lingüísticas basilectales aportan evidencia y permiten considerar al hablante que las usa en circunstancias especiales como “más basilectal” que otros. Por otra parte, el uso

más elevado de formas acrolectales, i.e. similares al inglés estándar, hacen de quien las emplea un hablante del inglés limonense estándar, también bajo un conjunto de condiciones sociales y circunstanciales probablemente diferentes a las del hablante anterior. Pero pocas veces se da el caso de un hablante que permanece necesariamente fijo en una variedad u otra, sino que siempre puede moverse dentro de ese hipotético continuo. Esta fluctuación demuestra una característica muy particular de los criollos.

Además, la correlación de las variables lingüísticas con ciertos factores sociales de los hablantes—tales como el lugar de origen y su lugar de crecimiento, la ubicación de su vivienda, su ocupación, sus estudios, su edad y sexo, proceso que se logró al ubicar las primeras en cuadrantes correlacionados con estos factores—lleva a la conclusión que, si se propone estudiar el habla como una compleja adaptación al medio comunicativo, es esencial lograr un entendimiento de la importancia simbólica social del código lingüístico. He aquí que las especulaciones que se pueden hacer sobre la estructura social del medio limonense, el trilingüismo y la estructura lingüística de los hablantes, deben enfocarse teniendo en cuenta su motivación y considerando, al mismo tiempo, el análisis estructural de una cultura antillana inmersa en un medio ambiente latinoamericano.

El proceso sociolingüístico esquematizado en el estudio que se inició con el trabajo de campo indica la importancia de la lengua en el mantenimiento y supervivencia de la identidad de una minoría étnica—aunque quizás no sea el único elemento que la determina. ¿Qué puede esperarse para el futuro del criollo? Puede ser que la dignidad y la autoestima de sus hablantes, que provienen de su cultura ancestral, demoren la desaparición del idioma porque sus hablantes lo aman. Y también puede ocurrir que en presencia de la arrasante globalización actual, este grupo de hablantes no quiera perder completamente su identidad. Si así ocurriera, no sólo se lograría un reconocimiento a su dignidad humana e identidad sino también al valor del multiculturalismo.

Notas

* Quiero agradecerle muy especialmente al Dr. Carlos Sánchez Avendaño, Profesor del Departamento de Lingüística, de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica, la oportunidad de colaborar con su ingeniosa idea de ilustrar con nuestras experiencias del trabajo de campo, el estudio del rico patrimonio lingüístico de Costa Rica. Asimismo, les estoy muy agradecida a mis entrañables amigas Fany Kehr e Inés Mambretti por su desinteresado apoyo y útiles comentarios sobre el borrador de este trabajo.

¹ El programa de la Universidad de Kansas en Costa Rica y su correspondiente intercambio de estudiantes de Costa Rica en la Universidad de Kansas data oficialmente del año 1958, aunque hubo antecedentes anteriores consignados en el libro de Charles Stansifer y María Eugenia Bozzoli titulado *La universidad de Costa Rica y la Universidad de Kansas: Su extraordinaria relación de cooperación académica*. Editorial Universidad de Costa Rica. 2010. Versión simultánea en inglés:

The University of Kansas and the University of Costa Rica: An Extraordinary Relationship. Editorial Universidad de Costa Rica. 2010. Por cierto, es el programa de intercambio estudiantil más antiguo entre los Estados Unidos y un país Latinoamericano.

² Este arreglo era lo que se llamaría en inglés una “win-win situation,” (una situación que lleva todas las posibilidades de éxito, en la que todos salen ganando) ya que permitía la total integración del profesor visitante a la UCR y, al darle la oportunidad de conocer la universidad “desde adentro,” le brindaba la posibilidad de aconsejar académicamente a sus estudiantes visitantes con mucha más eficiencia.

³ Tuve el honor de ser una de las primeras profesoras de lingüística en la UCR, cuando la materia recién empezaba a entrar en la currícula de los departamentos de inglés en Estados Unidos. El primer colega lingüista en la UCR fue el Prof. Jack Wilson.

⁴ Las comunicaciones entre San José y el Puerto de Limón eran algo precarias entonces. Sólo existía un ferrocarril diario, el tradicional “Pachuco”, que demoraba de 6 a 10 horas para cubrir aproximadamente 100 km.; el pasaje aéreo era sumamente oneroso, y la primera ruta automovilística—no pavimentada—se construyó en 1975.

⁵ Cuando yo fui a Limón por primera vez, había una sección de la ciudad llamada “Jamaica Town”, conocida ahora como Barrio Roosevelt y Cieneguita (ahora Cristóbal Colón) que eran originariamente “barrios negros.” Ya no existe en Limón un barrio donde sólo viven afro-limonenses, ya que como se verá más tarde, a partir de la década de los años ochenta, los barrios son étnicamente mixtos.

⁶ El gobierno de Costa Rica contrató al norteamericano Minor Keith para que construyera el ferrocarril que uniría al Puerto con la capital, San José. Para ello importó, entre otros, a trabajadores afro-caribeños que soportaban mejor las vicisitudes del clima de la zona, que hablaban “inglés”, y que cultivaban bananos. Como principal promotor de la United Fruit Company, Keith firmó un acuerdo por 100 años que no sólo le permitió a la Compañía el usufructo del ferrocarril sino también el de una gran región de la provincia. En efecto, Keith logró amasar una inmensa fortuna para la Compañía, ya que además tuvo la brillante idea de transportar las bananas al interior de Costa Rica por tren, y más tarde por barco a Europa y a los Estados Unidos.

⁷ Una plaga de monilia, que afectó a las plantaciones bananeras de la Compañía, causó su determinación por cerrar sus operaciones de la costa Atlántica de Costa Rica.

⁸ Quisiera dejar constancia aquí de la gran ayuda que recibí de muchos amigos costarricenses para obtener un cuarto de alquiler en la ciudad de Limón. El entonces Procurador General de la República, el Lic. Ismael Antonio Vargas Bonilla (q.e.p.d.) y su esposa, la Lic. Flora Rojas de Vargas, entrañables amigos míos, me orientaron y me apoyaron en todo momento. En esa búsqueda en especial, consiguieron alojamiento para mí. Fue una verdadera suerte que una ex-alumna del Lic. Vargas, la Lic. Thelma Curling, (miembro de una excepcional familia limonense) estuviera anente a recibirme en su casa. El tiempo que pasé en su casa fue definitivamente uno de los años más felices de mi vida. A ella le debo el haberme introducido a la vida de Limón sin mayores obstáculos. La ubicación céntrica del apartamento me permitió disfrutar de Los Baños—una playita cercana a la que acudí diariamente para conocer informalmente a mucha gente que, como yo, aprovechaba la hora del almuerzo para escaparse de la rutina diaria y refrescarse brevemente.

⁹ ¡Hoy en día las grabadoras son del tamaño de los teléfonos celulares!

¹⁰ En la jerga lingüística se usan los términos “consultores” o “informantes” al referirse a las personas entrevistadas para realizar un estudio.

¹¹ Como el idioma que estaba investigando era el criollo y yo no lo hablaba aún, sólo Owen podía hablar durante las entrevistas. De haber hablado yo, lo tendría que haber hecho en inglés estándar o en español, y los consultores me habrían respondido en la misma lengua, lo que no me serviría para mi proyecto.

¹² Yo creo que aquéllos que se negaron a ser entrevistados lo hicieron más por temor que por otra cosa. A muchos los amedrantó la idea que yo pudiera ser una representante del gobierno y por supuesto muchos temían transformarse en motivo de burla “por su mal inglés”. Por si acaso, Owen tranquilizó a mucha gente explicándoles que yo era profesora y quería estudiar su lengua para poder vivir en Limón un tiempo—¡lo cual no estaba lejos de la verdad!

¹³ Aunque los lingüistas siempre instan a los demás profesionales en su disciplina a no adoptar sistemas individuales de transcripción y a seguir las convenciones universalmente adoptadas, yo he optado por usar un sistema propio para simplificar su comprensión por el lector, y para mi propia conveniencia al emplear símbolos directamente accesibles en cualquier computadora. Por otra parte, indico que se trata de valores fonológicos al colocar los símbolos entre barras, por ejemplo /a wen/.

¹⁴ Tanto es así que, cuando la Universidad de Costa Rica, en la persona de la Dra. Margarita Bolaños, entonces Jefa del Departamento de Antropología de la UCR, lanzó mi libro sobre el criollo de Limón en una emotiva ceremonia, asistieron no sólo algunos de los que habían sido mis “tutores” en la enseñanza del inglés de Limón, sino también sus familiares, que viajaron especialmente desde Limón para estar presente. No puedo dejar de nombrar, entre ellos, a la fiel familia de Frank Heron, quien fue uno de mis más cercanos amigos y colaboradores durante toda la duración de mi proyecto.

¹⁵ Aunque no se puede aseverar todavía a ciencia cierta cuál de los idiomas africanos fue el que contribuyó a formar el criollo limonense (a partir del criollo jamaiquino), es muy posible que haya sido Ewe, uno de los idiomas de África Occidental.

¹⁶ Esto ocurrió aproximadamente en los años 1870, cuando se construyó el ferrocarril que unió al puerto de Limón con San José, la capital de Costa Rica y cuando comenzaron a establecerse las compañías bananeras en la provincia, como se mencionó anteriormente.

¹⁷ Limón cambió drásticamente en la década de 1980, como consecuencia del movimiento neoliberal de los Estados Unidos que afectó a todo el mundo. De poseer un distintivo ambiente afrolimonense, la ciudad adquirió muchos habitantes nuevos que se trasladaron del Valle Central de Costa Rica, desesperados por encontrar trabajo, a Limón. En su mayoría, esas personas eran caucásicas. Con ellas fue también su idioma, o sea el español, que en su momento transformó el medio lingüístico, que antes había sido de la casi exclusiva “propiedad” del inglés de Limón—de allí la cantidad de préstamos del español que aparecieron en el habla cotidiana de Limón.

¹⁸ También debo expresar aquí mi profundo agradecimiento a la Editorial de la Universidad de Costa Rica, cuyo director era en 2002 el Dr. Fernando Durán, y a sus colaboradores, por haber publicado el resultado de mi estudio en el libro titulado “MEKAYTELYUW: La lengua criolla (de Costa Rica)”.

Bibliografía

- Arends, J. , Muysken, P. , Smith, N. 1994. *Pidgins and Creoles: an Introduction*. Amsterdam: John Benjamins.
- Bailey, B. L. 1966. *Jamaican Creole Syntax: A Transformational Approach*. London: Cambridge University Press.
- Bickerton, Derek. 1975. *Dynamics of a Creole System*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Costa Rica. 1973. Censos nacionales de 1973, población. San José: Ministerio de Economía, Industria y Comercio, Dirección General de Estadística y Censos, Tomo 1, No. 5
- Duncan, Quince. 1972. “El negro antillano: inmigración y presencia”. En Meléndez, C. y Duncan, Q. (editores): 87-134.
- Herzfeld, Anita. 2002. *Mekaytelyuw: la lengua criolla (de Costa Rica)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Holm, John. 1988. *Pidgins and Creoles*. Vol. I & II. Cambridge: Cambridge University Press.
- Meléndez, Carlos y Duncan, Q.(editores) 1972. *El Negro en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Olien, Michael D. 1965. *The Negro in Costa Rica*. Copia mimeográfica.
- Stansifer, Charles and Bozzoli, María Eugenia. 2010. *La universidad de Costa Rica y la Universidad de Kansas: Su extraordinaria relación de cooperación académica*. Editorial Universidad de Costa Rica. Versión simultánea en inglés: 2010 *The University of Kansas and the University of Costa Rica: An Extraordinary Relationship*. Editorial Universidad de Costa Rica.

